"AZORÍN: SENTIMIENTO DEL TIEMPO Y EMOCIÓN ANTE EL PAISAJE"

Por TERESA RAMONET
(Universidad de Aix-en-Provence)

Su primera circunstancia: LEVANTE

La primera circunstancia de Azorín empieza a orillas del Mediterráneo —mar eterno de la cultura— y en la luminosa región valenciana. El majestuoso Montgó, con su corte de montañas, protege contra los vientos del norte la villa de Alicante, de finas reminiscencias morunas. El Montgó, "poderoso reflector de la pared amarilla y desnuda del monte, que hace más templado el aire de la ciudad".

Y a treinta y cinco kilómetros de Alicante está Monóvar, el pueblo donde nació, el 8 de junio de 1873, el mayor de los 9 hijos de Isidro Martínez del Portal Soriano, natural de Yecla, alcalde de Monóvar, y su esposa, doña María Luisa Ruiz Mestre, natural de Oetrel, también alicantina.

El culto del pasado hecho presente y el amor a España y a su hermosa gente han de inspirar toda la obra de Azorín. Pero su amor primero es su patria chica —Monóvar— amor que extenderá por la tierra alicantina y valenciana, ahondará en Castilla y en La Mancha y proyectará finalmente en su España toda.

El Monóvar de Azorín

Monóvar es uno de los tantos pueblos blancos de España. No se diferencia gran cosa de otros del Levante español, limpios, progresivos y alegres. Pero aquí nació Azorín y esto cambia las cosas por completo.

Unamuno ha dicho que "el paisaje sólo es el hombre; por el hombre y para el hombre existe en el arte". Veamos cómo interpreta Azorín el ambiente de su pueblo natal:

"Monóvar: calles con losas; cuatro, seis, ocho plazoletas. Media naranja; tejas curvas, azules, vidriadas; otra media naranja sala; mosaicos, olor de petróleo con que se fregotean y vuelven a fregotear los mosaicos. Mosaicos pequeños, azules, amarillos, rojos, grises."

Así comienza el capítulo dedicado a Monóvar en *El libro de Levante.* Esta es sólo una pequeña muestra del estilo tan imitado y tan inimitable de Azorín. Nada de largas des-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

cripciones. Sin párrafos largos ni ampulosos, con frases cortas y sustantivas, está dada la sensación del reducido ámbito pueblerino.

Y, a continuación, las sensaciones: de limpieza (fregoteo de los mosaicos); olfativas (olor a petróleo). Y sobre todo, visuales: las notas de color, típicas de este fino puntillista que es Azorín: azules, amarillos, rojos y grises, siempre repetidos y siempre distintos en la paleta del escritor impresionista.

Después, con solemnidad, nos enumerará los monumentos y edificios públicos de Monóvar: el Casino, la Ermita de Santa Bárbara, el Ayuntamiento, las Escuelas... Y establecerá expresivos contrastes: la iglesia franciscana, blanca y desnuda, y las escuelas magníficas. El jardín del Casino y la chimenea de una fábrica. El volante de una máquina y un cantarito rezumante. Las máquinas perfeccionadas y las vides cargadas de racimos. O sea, la tradición y el progreso; la humildad y la grandeza, constantes en la vida y en la obra azoriniana.

Y para enriquecer más el cuadro, nuevas imágenes sensoriales y afortunadas combinaciones de color: las paredes blancas con los pámpanos verdes, el azul radiante y limpio del cielo, y los cúmulos y cirros blanquísimos del cielo alicantino...

Azorín ama las nubes, las maravillosas nubes, imagen de la fugacidad y eternidad del tiempo. Y el tiempo, en esta instantánea coloreada de Monóvar, está marcado por una frase escueta:

"Suenan las doce en el reloj de la torre"

que después completa con esta otra:

"Desde la altura de la colina, caen desgranadas las bolitas de cristal de las campanadas sobre el señor que lee y sobre los toneles"...

Es decir, sobre los hombres y sobre las cosas, pues el tiempo pasa inexorablemente para todos.

Todo gira, torna y vuelve a pasar –dice Azorín un poco más abajo– "la torre, las cúpulas y las panzudas pipas de vino".

Porque para Azorín vivir es "ver pasar", mejor aún, "ver volver". Azorín está ahora detenido en Monóvar, el pueblecito de varias plazoletas, donde también el tiempo está un poco detenido, pues el tiempo siempre se detiene más en los pequeños pueblos que en las grandes ciudades.

Esta sensación del tiempo detenido que le ha producido Monóvar, le trae también su primera angustia, traducida literalmente en sus *Confesiones.* A Azorín le horroriza la visión del creador, del escritor que vive fracasado en un pueblo, y este profundo temor lo refleja en el personaje de Pascual Verdú, el protagonista de su libro titulado *Antonio Azorín,* y que no es otro que su bisabuelo materno, don Miguel Amat y Maestre.

Como Azorín no quiere que le ocurra lo mismo que a su antepasado, por eso abandona el pueblo –Monóvar– para irse a estudiar a la capital –Valencia.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

VALENCIA

Terminado el bachiller en 1888, en el Instituto de Yecla, en Murcia, el joven estudiante se dirige desde las altas tierras murcianas a Valencia, la clara Valencia del cantar de Mio Cid. Allí iba a estudiar Derecho, aunque en realidad no le gustaba esta carrera, como no le hubiera gustado ninguna otra, porque "su carrera" había de ser en adelante la de leer libros y escribir.

En su delicioso librito titulado *Valencia* nos ha dejado Azorín pinceladas maestras del paisaje levantino y viñetas inolvidables de tipos y costumbres de la ciudad.

Le gustaban las tiendecitas de los libreros de viejo y las fiestas ruidosas y populares, con enramadas de mirtos y tracas sonoras por las calles. En las tardes plácidas y largas de la primavera, hacía extensos paseos por la huerta.

Veamos cómo nos pinta un amanecer en los naranjales, señalando la diferencia entre el alba y la aurora:

> *"La aurora son vivos arreboles de carmín, de nácar y de oro. Y el alba es una casi imperceptible claridad teñida acaso de un leve verdín de cobre".*

He aquí la nota impresionista. Pero antes nos ha dicho todo lo que el alba le sugiere:

> *"La noche ha estado preñada de sueños y opresiones, y el día no sabemos lo que puede traer".*

Angustia de Azorín ante la nueva jornada que se avecina. Azorín le encuentra más poesía al alba que a su heredera, la aurora. El se ha levantado muchas veces temprano para gozar el alba en Madrid, en París y en Burgos. Pero ningún alba le ha hecho estremecer como el alba en el naranjal:

> *"El naranjal es simétrico. La tierra está limpia, sin una hierbecita. Las acequias tienen los rebordes alisados con primor. Y en esta tierra pulcra, limpia, el naranjo se levanta y esponja orgulloso, aristocrático. La flor es blanca, carnosa, de un aroma que embriaga. Y su fruto aplaca nuestros nervios en las crisis dolorosas. El fruto son esferas aúreas, de piel delgada, lustrosa, y con la carne henchida de abundante jugo, ni dulce ni agrio, carne suavísima, pletórica de fuerza vital, que llena voluptuosamente nuestra boca."*

¡Cuántas cosas aprendemos de Azorín en esta imagen del alba en el naranjal!

Limpieza y orden, cualidades que le son caras a Azorín. "Ni una hierbecita": el mismo amor al diminutivo que le hizo elegir el seudónimo de Azorín y llamarse a sí mismo "pequeño filósofo". Los rebordes de las acequias están alisados con primor, con ese primor que aplica Azorín para dar brillo a lo vulgar, según nos explica Ortega y Gasset en su memo-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

rable estudio titulado "Primores de lo vulgar".

En unas cuantas líneas, Azorín nos ha ofrecido una imagen perfecta de esa variante del paisaje valenciano que es el naranjal, y también una síntesis de las cualidades del hombre levantino: limpieza, laboriosidad, culto del agua, exaltación de los sentidos, embriaguez de vivir, amor a la naturaleza, señorío. Pero todo ello teñido de un hálito trágico, de un anhelo de perfección, de una sensación de fugacidad y de angustia. Porque el alba va a terminar fatalmente para dar paso a la aurora, y ésta a su vez hará despertar el día con su cruda realidad.

Olor, color y sabor de Alicante

Olor, sabor y color sirven a Azorín para darnos a conocer el puerto de Alicante:

Los olores de Alicante: "efluvios de café, de cacao, de salazones, de azafrán, de aceite, de aguarrás..."

En el puerto, entre los dos azules —del cielo y del mar— " capas de olor a brea, atravesadas por los dardos del petróleo, la gasolina, el cacao y el café".

Sabor de Alicante:

"Comer ante el mar, junto al mar, el arroz de granos sueltos y dorados" (la típica paella valenciana).

Y luego, la zarabanda de colores:

"La línea rosa de la ribera junto a la línea azul del mar. Costas lejanas; maravilla de matices suaves en la lejanía; concierto magnífico de grises, rosas, amarillos, azules..." Y en el crepúsculo vespertino, "el azul, el rosa, el rojo, el violeta, el morado y el oro. Al aire, la bandera blanca y azul del puerto. Y en el horizonte, las banderitas verdes sobre el azul turquí del cielo".

Para ensalzar el clima alicantino, templado y seco dice Azorín:

> *"En los cuartos de hoteles, todos los gabanes de los viajeros en sus perchas. Colgados a perpetuidad en pleno invierno" o bien: "Divagar junto al mar en los días de invierno, del crudo invierno de Castilla. Sin el peso de la ropa de invierno".*

Así, con estos inocentes rodeos, ha marcado perfectamente la diferencia entre el suave clima de Alicante y el riguroso y extremado clima de Castilla.

Recuerdos de Yecla y evocación de Murcia

De los 8 a los 16 años Azorín estuvo internado en el Colegio de los Escolapios de Yecla, donde cursó el Bachillerato. Yecla es una pequeña ciudad agrícola de Murcia, en la parte montañosa. Azorín guardó siempre gratitud a sus profesores escolapios que le enseñaron, según él, el orden, la limpieza y la escrupulosidad en las acciones.

En un capítulo de su libro *El paisaje de España visto por los españoles,* encontrán-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

dose Azorín en el norte de España, evoca desde lejos a Murcia y el contraste entre ambas tierras aviva sus añoranzas de Levante:

"Aquí en el norte —dice— *el cielo es bajo y gris; una llovizna menuda se cierne sobre el aire".* Y como si quisiera escapar a esta grisura, da un salto en el espacio e imagina cómo estará la lejana tierra murciana. Muy propio de Azorín eso de evocar e imaginar, retrotrayéndose en el tiempo. ¿Cómo estará ahora aquella lejana tierra murciana?

El la recuerda como estaba entonces, cuando estudiaba en el colegio escolapio:

"El aire será transparente y cálido, y un azul purísimo como de tersa seda, se extenderá en todo el cielo". Color azul y tersura de seda. Vemos cómo el tacto ha enriquecido su descripción sensorial.

Ahora, para hacer figurar el tiempo, imagina tres momentos en el día:

"Mediodía: el paisaje está velado por la calina que se levanta de tierra; todo se ve borrado y confuso; los colores apenas brillan; casi un mismo color se extiende por toda la campiña". Después agrega, filosóficamente: "Esperemos que la tarde vaya cayendo". Momento de la espera, cuando la tarde va declinando y comienzan a surgir y resaltar los colores del paisaje.

El tercer momento será el crepúsculo, cuando los colores del paisaje se muestran en toda su intensidad:

"Una extensa gama de verdes —desde el oscuro intenso hasta el gayo claro— abarca todo el panorama. ¡Hora de inefable serenidad! La tierra y la vegetación se preparan para recogerse durante la noche".

Trabajo, perseverancia y modestia, son las virtudes en que Azorín resume el carácter del labrador murciano.

La ruta de Don Quijote

Corresponde a Azorín el mérito de haber hecho revivir nuestra lengua y también el de haber incorporado a Cervantes a la vida moderna. El, como nadie, ha sabido ver la infinitud del llano manchego con los ojos del alma, interpretando de modo magistral su simbolismo y acertando a colocarse en la dimensión del espíritu para comprender la patria de Don Quijote.

La Mancha, tierra elegida por Cervantes para la actuación de su héroe, ha sido siempre tachada de fealdad. Teófilo Gautier, el viajero francés que la cruzó en pleno verano, cuando el sol calcina la mayor parte de las tierras españolas, la describió como "la provincia de España más desolada y mísera. Región llana, pedregosa y polvorienta, salpicada de tarde en tarde con olivares de follaje de un verde glauco y enfermizo..."

El mismo Galdós, en sus *Episodios Nacionales* habla del "solitario país, donde el sol está en su reino y el hombre parece obra exclusiva del sol y del polvo... La más fea y menos pintoresca de las tierras conocidas..."

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

Como contraste, Azorín nos descubre las incógnitas bellezas de La Mancha, y ve lo que otros no han visto o no han querido ver. Así, donde otros no encuentran sino bancales, él observa "altos y blancos álamos, membrilleros, parrales". Y en la tierra polvorienta descubre "el río callado y transparente entre arbustos". Y el llano pierde su uniformidad desesperante cuando Azorín describe la campiña, alegrándola "a trechos acá y allá, macizos de esbeltos álamos, grandes chopos, que destacan confusamente, como velados, en el ambiente turbio de la mañana".

En Argamasilla de Alba, el pueblo de Don Quijote, que él llama "la villa andante", encuentra Azorín el compendio de toda la historia de la tierra española:

"Todo está en resposo. El sol reverbera en las blancas paredes. Las puertas están cerradas. Y la llanura, en la lejanía, allá dentro, en las líneas remotas del horizonte, se confunde con la inmensa planicie azul del cielo. Y el viejo reloj lanza despacio, grave, de hora en hora, sus campanadas".

Quietud, reposo, inmovilidad, es decir, eternidad. La España del 98 no cambia, no se transforma. Lo que no se mueve no vive, pero tampoco va hacia la muerte. Simplemente, permanece. Si no fuera por el reloj que lanza sus graves campanadas, se diría que el pueblo de Argamasilla de Alba está fuera del tiempo, que es inmortal, como el héroe cervantino, como Cervantes, como España toda.

Con un poco de melancolía, mezclada de resignación y de abandono, Azorín hace el recuento de las horas que van pasando lentas en el pueblo, donde nada ha ocurrido ayer y nada ocurrirá mañana, como sucedía en la época en la mayoría de los pueblos de Castilla. Y se conduele de tanta vida perdida, de tanta voluntad muerta:

> *"¿No sentís –dice– una profunda atracción hacia esas voluntades que se han roto súbitamente, hacia esas vidas que se han parado, hacia esos espíritus que –como quería el filósofo Nietzsche– no han podido sobrepujarse a sí mismos?".*

Sin embargo, en Argamasilla de Alba nació don Quijote, y él sí que se sobrepujó a sí mismo en un combate inacabable. ¿Cómo puede explicarse esta anomalía?

Azorín ve precisamente, en la inmensidad de los llanos manchegos, propicios a todas las visiones y quimeras, la explotación de los desvaríos y ensueños del gran loco. Y en este humilde pueblo manchego está compendiada, para Azorín, la historia eterna de España, en la que alterna la fantasía más loca, irrazonada e impetuosa, con la total inacción y al marasmo.

Azorín, hidalgo moderno, caballero andante de las letras, compara su vida con la de Don Quijote y concluye con tristeza:

"Tal vez sí, nuestro vivir, como el de Alonso Quijano el Bueno, es un combate inacabable, sin premio, por unos ideales que no veremos realizados jamás..."

Castilla, la gentil

Con profunda emoción se ha acercado Azorín a Castilla y la ha recreado en sus pue-

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

blecitos, caminos, yermos y montañas. Estableciendo un paralelo entre Levante y Castilla, resume las sensaciones que le evocan ambas regiones:

Levante es para él "una sala pavimentada de losetas blancas con ramos azules". Castilla es "un claustro que recibe la luz de una ventana cerrada por hoja de alabastrina, suavemente rosada".

En Levante no se siente solidario con la Historia, pues aunque el Mediterráneo es un mar henchido de pasión fervorosa, "la sensualidad del ambiente hace que nos entreguemos por completo al presente". En cambio, en Castilla, que "después de haber participado en todo, desiste de todo", Azorín se siente sumido en los siglos, en la Historia.

Como tan bien ha dicho Ortega, la Castilla de Azorín "está compuesta de cosas rendidas que se inclinan hacia la muerte". En efecto, Azorín, siguiendo su vieja consigna *—máximus in minibus—* no nos habla de las grandezas de Castilla ni de sus fastos históricos. Ya sabemos que él es un sensitivo de la Historia. Por su sensibilidad resbalan los hechos espectaculares, las pasiones ruidosas y los sucesos extraordinarios. A él le interesan más los hechos menudos, humildes y cotidianos.

Para él, Castilla será el cuartito donde murió Quevedo, allá en Villanueva de los Infantes, mostrado por una viejecita enlutada que suspira; o los pasos amorosos, en una callejuela, bajo las noches estrelladas; o el tañer de una campana argentina. O luego, en el silencio profundo, la melodía apagada de un órgano. Cosas dulces y torturadoras, sensaciones sutiles, entrañables, intuiciones vagas en un comienzo, que luego van concretándose en un conocimiento preciso de lugares y de gentes.

El mar está muy lejos de estas campiñas rasas, yermas y polvorientas. Desde la ventanita de un sobrado, donde se sienta Azorín, sólo puede divisarse la llanura árida y seca. Y Azorín concluye tristemente: "Castilla no puede ver el mar".

Azorín y la Hispanidad

Azorín ha seguido la ruta de Don Quijote y la ruta del Cid, la ruta de los palacios y la ruta de los castillos. Ha visitado las ventas y las plazas de toros; ha entrado en las iglesias y en las catedrales; ha vivido en las ciudades y en los pueblos.

En los castillos se encontró con los guerreros, y en los palacios con los reyes, y, sin quererlo, ha hecho historia. En las ventas se encontró con lo pintoresco y lo imprevisto, elementos esenciales de la vida española. En las plazas de toros se ha dolido de la violencia de la fiesta brava, otro componente esencial de lo español. En las pequeñas ciudades ha vivido el ritmo acompasado y monótono de la vida provinciana. En las grandes capitales ha probado el sabor de la fama sin dejarse envolver en el gran torbellino del mundo. En el mar, ha sentido la tangibilidad del presente y en las nubes ha creído ver la imagen del tiempo.

Detengámonos con Azorín por un momento en Burgos. En la catedral más europea de España, en cuyas naves está condensada para Azorín toda la esencia de lo español, se pregunta Azorín cuál será el futuro de España. Su conclusión es premonitoria:

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes

"Del mismo modo que las catedrales no han podido surgir sin la coherencia del esfuerzo, así la nación española ha de mantener su coherencia en el futuro. No podrá existir vida intensa, proyectada hacia lo porvenir, sin ese juntarse en haz, espiritualmente, todos los españoles. No puede vivir ya aislada, como ha vivido tanto tiempo, España. Si ha de ser fuerte e influyente, necesita caminar con los pueblos europeos y poner su vista en América, cada vez con más ahinco..."

Azorín nacido en el siglo pasado, hombre del 98, amante de los clásicos y enamorado de la tradición, fue también un hombre del presente, con una visión clara del futuro. Por eso –aunque nunca estuvo en América– fijó su atención en el nuevo continente, señalando para España la Ruta de la Hispanidad.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Teresa RAMÓNET. Azorín: sentimiento del tiempo y emoción ante el paisaje
Centro Virtual Cervantes